

LOS AÑOS COMPARTIDOS

Eugenia Revueltas

Cuando hace unos días Laura González Durán habló para invitarme a participar en el número 100 de esta revista que, con motivo del aniversario número XXV del Concurso *Punto de partida*, se estaba preparando, con la participación de todos aquellos que habíamos sido directores de la revista a lo largo de estos años, un verdadero aluvión de recuerdos, que durante todo este tiempo se había ido sedimentando en mi memoria, acudió al conjuro de la nostalgia. En 1970 el doctor Leopoldo Zea me invitó a trabajar con él como directora de la revista, puesto que ocupé, contando siempre con el apoyo de los sucesivos directores de Difusión Cultural: Gastón García Cantú, Diego Valadés, Hugo Gutiérrez Vega y Gerardo Estrada. Durante once años trabajé en esta espléndida empresa que había salido con vientos favorables bajo las seguras y hábiles manos de su primer timonel, Margo Glantz, en 1967, de la que yo sería su relevo.

En aquellos días, la revista ya experimentaba uno de sus males crónicos, el retraso, por problemas que habitualmente eran ajenos al personal de la revista, así es que me tocó sacar el número 18 y 19, que la doctora Glantz ya había preparado, de manera que mi primer número fue el 20 y el último, el 72. Las palabras que escribí para la presentación muestran cuál era la orientación que me proponía darle y quisiera recordarlas aquí de nueva cuenta: "Con el número 20 se inicia la segunda época de la revista *Punto de partida*. Apreciando todo lo valioso que tuvo en su primera época, tan inteligentemente dirigida por la doctora Margo Glantz, fundadora de la revista, trataremos de diversificar la temática, no limitándonos a los aspectos puramente literarios, sino que, conscientes de la gran inquietud de los alumnos universitarios por los problemas socioeconómicos y científicos del mundo contemporáneo, abrimos las páginas de la revista a los trabajos de investigación extraliteraria.

Seguirá conservando su carácter estrictamente estudiantil, como vehículo de comunicación y divulgación de las posibilidades de creación e investigación de los estudiantes. . . ." Tal vez porque a mi formación literaria unía la de una científica, me preocupó siempre que los diversos campos del saber universitario, quedaran excluidos de una revista que debía ser representativa de lo que se hacía en la UNAM, así que desde ese primer número en la sección correspondiente al ensayo, aparecieron trabajos de jóvenes, que hacían ya sus primeras investigaciones en el campo de la historia, la ciencia política, la biología, la química o la antropología, la filosofía, la ecología, etc., además de la literatura. He vuelto a hojear las revistas y veo los nombres de Ignacio Sosa, Enrique Suárez Iñiguez, Cesáreo Morales, Brian Connaughton, Armando Partida, José Joaquín Blanco, Luis de Tavira, María Rosa Palazón, jóvenes economistas que en equipo hicieron un trabajo que tenía por título *La deshonestedad ambiental*; Ignacio Díaz Ruiz, Laura Benítez, Edgar Llinás, Lorenza Flores y tantos otros que encontraron en las páginas de la revista la posibilidad de irse fogueando en los trabajos de investigación, y si grande es la nómina de

los investigadores todavía es mayor la de los jóvenes creadores. Algunos no continuaron en la empresa, pero otros forman ese grupo de la nueva generación de poetas, cuentistas, dramaturgos y novelistas mexicanos: Marco Antonio Campos, Evodio Escalante, Luis de Tavira, José de Jesús Sampedro, José Joaquín Blanco, Bernardo Ruiz, Carlos Chimal, Guillermo Samperio, Verónica Volkoff, Ethel Krauze, Luis Chumacero, Paco Ignacio Taibo II, Emma Rueda, Agustín Monsreal, Federico Angulo, y tantos otros que en la revista, haciendo honor a su nombre, iniciaron el arduo camino de la creación.

Una preocupación que siempre tuve fue la de evitar que la revista tuviera un carácter cerrado o de camarilla, tenía que ser un campo abierto para todo aquel joven que poseyese un cierto nivel de calidad. Aún recuerdo, y es uno de mis recuerdos más apreciados, que un día llegó un joven delgado y tímido a presentarme unos poemas para ver si podían ser publicados y salió de la oficina casi como si hubiera visto al diablo; tal vez apenas había llegado al elevador, cuando yo ya los había leído y salí a decirle que, por supuesto, serían publicados, pero el joven había desaparecido. Meses más tarde recibí una invitación de la Universidad de Zacatecas para instalar el primer taller de poesía. Charlando con los estudiantes, les pregunté por aquel joven zacatecano que me había entregado unos poemas muy buenos, para su publicación, y nunca más había sabido de él; como sorprendí unas sonrisas, les pregunté que qué pasaba y, allí, un poco escondido, estaba José de Jesús Sampedro, mi joven y tímido poeta, que al poco tiempo sería galardonado con el Premio Nacional de Poesía.

He dicho líneas atrás que uno de los males de la revista era el retraso en la publicación, que podía llegar a extremos casi trágicos. Recuerdo un día, después de que había ido de puerta en puerta solicitando que se agilizara el proceso, llegó a Difusión el rector Guillermo Soberón, ante quien expuse, por enésima vez, mi petición; y recuerdo que le dije —y era verdad— que yo ya tenía un pequeño obituario de autores que habían muerto sin ver la publicación de sus textos.

A lo largo de los once años, las actividades de la revista se fueron incrementando y si desde su origen habían existido la revista y los talleres de creación en número de tres, éstos se incrementaron y salieron de CU: la Casa del Lago, el Museo del Chopo, Minería, fueron otras tantas sedes de los talleres, que de esta manera, se convirtieron en centros de presencia de la UNAM fuera del campus; se multiplicaron las publicaciones y así nacieron las *Ediciones de Punto de partida* y los *Cuadernillos de Taller y Seminario*, publicaciones que tenían como objetivo dar a conocer los trabajos ya estructurados como libros colectivos de los mejores colaboradores de la revista. Se iniciaron los cursos y conferencias, que también tenían como objetivo ir encauzando las vocaciones de los estudiantes que se orientaban hacia la investigación. La universidad debía ir formando una masa crítica de intelectuales, investigadores y creadores que salían tanto de las aulas como de los talleres, y que encontraban en estas actividades de la revista un cauce propicio a sus objetivos.

Recuerdo, en relación con los cursos y conferencias, tres anécdotas con las que quiero terminar mis remembranzas.

Un día llegaron a la oficina tres jóvenes que nos pidieron que hiciéramos un ciclo sobre los problemas de Tepito. Lo primero que yo le dije a aquel muchacho, es que yo no sabía casi nada de Tepito, así es que lo mejor era que, tanto mis colaboradores y los investigadores que participaran en el ciclo, fuéramos a Tepito, habláramos con la comunidad y a partir del diálogo organizáramos el curso. La experiencia fue magnífica, nosotros aprendimos mucho, no sólo de la comunidad de Tepito sino del modo de romper los esquemas paternalistas de la difusión cultural; el título del ciclo, puesto a petición de los tepiteños fue: "Cómo hacerle para no tronar tan pronto", y lo que se propuso en el ciclo fueron las estrategias desde el punto de vista de los abogados, médicos, dietistas, educadores, sociólogos y creadores que participaron en él, para luchar contra los caseros, el hambre, la prostitución, la ignorancia.

También con los de la Peña, hicimos teatro de la calle. Preocupados por la construcción de los ejes viales, nos pidieron que montáramos, con el apoyo de los alumnos de teatro de la Facultad de Filosofía y Letras, una obra que mostrara los perjuicios que los ejes podían hacer a la vida comunitaria. Néstor López Aldeco y un grupo de sus alumnos montaron una obra sobre un guión de un alumno cuyo nombre ahora se me escapa. La Facultad colaboró con nosotros con el vestuario y allá fueron alumnos, maestros y vecinos a representar la obra cuyo final imprevisto fue realmente genial. Los vecinos entusiasmados con la obra participaban en ella; los ejes eran representados por una enorme serpiente de manta que todo lo iba destruyendo y de repente un pequeño, tocado con un sombrero de tres picos hecho con papel periódico, con una espadita de madera se acercó a la cabeza de la serpiente y, con toda la rabia de la que era capaz, gritó: ¡muere, pinche eje vial!, asestándole un golpe mortal a la cabeza.

Por último quiero recordar a un joven estudiante de filosofía que colaboró con nosotros en repetidas ocasiones: Un ciclo fue verdaderamente inolvidable "Los marxistas heterodoxos"; las conferencias empezaban creo que a las seis y eran las diez de la noche y todavía continuaban. Él era un marxista convencido, íntegro y con un gran espíritu de servicio. Cuando acabó la carrera se fue a Morelia a la Universidad y venía a visitarme a menudo, cada vez más desencantado, pues ante su exigencia de estudio, empezó a ser tildado de burgués; la situación llegó a ser tan terrible que una vez lo golpearon y otra lo amenazaron, finalmente abandonó la Universidad de Michoacán. Encontró trabajo en la Universidad de Puebla, y haciendo uno de los viajes diarios, a los que sus escasos recursos lo obligaban, encontró la muerte.

Podría seguir hilando recuerdos, los de la amistad y el afecto que compartí con mis amigos y colaboradores: Luz María Hidalgo, Rebeca Lozada, Marcela Zea Indra, Adriana, Geraldina, Marco Antonio Campos y Anita; recuerdo con agradecimiento el trabajo compartido con los maestros de los talleres: Juan Bañuelos, Tito Monterroso, Salvador Elizondo, Alejandro Aura, Evodio Escalante, José Donoso, todos ellos hicieron de esta experiencia compartida en beneficio de los estudiantes universitarios, uno de los momentos más plenos y entrañables de mi vida universitaria.